ÉTICA Y TÉCNICA*

*Evandro Agazzi***

Las reglas del hacer y del actuar

Actualmente se discute mucho sobre la necesidad de introducir una dimensión de responsabilidad ética dentro del terreno de la técnica, pero la reflexión sobre este tema se ha vuelto difícil, porque desde hace algún tiempo hemos podido constatar una tendencia a considerar estas dos esferas como casi opuestas. Se afirma, en efecto, que las exigencias de la técnica imponen a nuestra sociedad una especie de lógica inexorable y despiadada, que ignora toda preocupación moral, que reduce los escrúpulos de nuestra conciencia casi al nivel de ilusiones piadosas, que parece condenar las reflexiones sobre los valores y las sugerencias, incluso las tímidas, de someter el desarrollo técnico a algunas formas de control ético o social, por considerarlas como divagaciones abstractas y retardatarias del progreso. Siguiendo esa línea de pensamiento, algunos llegan incluso a atribuir la crisis moral que parece aquejar a la sociedad actual a la presencia dominante en ella de la técnica. No queremos negar que hay un aspecto de verdad en estas tomas de posición, aunque pensamos que los elementos de contraste entre técnica y ética evocados aquí son consecuencia, en último análisis, de una manera inadecuada de comprender el sentido de cierta afinidad que existe entre ellas y que, por el contrario, debería volverlas profundamente solidarias.

25

* Traducción del francés de Silvia Pasternac.

** Universidad de Friburgo, Suiza.

EVANDRO AGAZZI

26

La afinidad a la que nos referimos puede expresarse brevemente haciendo notar que tanto la técnica como la moral conciernen al terreno del hacer, a la esfera de la acción humana, y que, además, ni una ni la otra se limitan a ocuparse del hacer humano en el sentido general, sino que, más específicamente, se preocupan por el problema de hacer bien. Ambas parten del presupuesto de que hay maneras buenas y maneras malas de hacer las cosas, y se proponen indicar cuál es, justamente, la buena manera de hacerlas, cuáles son los errores que deben evitarse, cuáles son los pasos que van en la dirección correcta y los que van en la dirección equivocada. Entonces, no solamente ambas resultan de la aspiración humana de hacer bien, sino que además se esfuerzan en suministrar asistencia concreta para dicha aspiración, indicando qué hacer para hacer bien. Así, toda técnica suministra una serie de indicaciones que se deben seguir para la realización de un buen producto, o de una buena prestación, o de un buen resultado en cierto sector específico de la actividad humana, cosa que se traduce muy a menudo (o puede traducirse, en principio) en la proposición de cierto número de reglas que se deben seguir para la ejecución de una actividad dada. De manera análoga, la moral se preocupa por establecer reglas para nuestro comportamiento, reglas que, en una serie más o menos articulada de situaciones concretas, nos dicen lo que está bien hacer y lo que no. La analogía puede ser llevada todavía más lejos: de acuerdo con una distinción bastante común en filosofía, es denominado 'moral' el conjunto de normas prescritas para el comportamiento humano, y se llama 'ética' a la reflexión que se propone suministrar el fundamento y la justificación racional de dichas normas. Pero esta distinción encuentra su paralelo en el hecho de que las normas técnicas mismas no son establecidas al azar, sino que siempre vienen acompañadas por ciertas formas de justificación, en parte basadas sobre la práctica, y en parte extraídas de los conocimientos teóricos suministrados por ciertas ciencias.

Aquí tenemos entonces una serie de razones que, al subrayar rasgos característicos que acercan a la moral y a la técnica, deberían persuadirnos de que ambas están hechas para ayudarse recíprocamente, que

ÉTICA Y TÉCNICA

obedecen a la misma lógica interna y que, por lo tanto, no podrían entrar nunca en verdadero conflicto. Esta impresión espontánea no deja de tener cierto grado de plausibilidad, pero si no viene acompañada por un análisis más profundo, puede engendrar consecuencias incluso completamente opuestas. Por ejemplo, si pensáramos que las afinidades mencionadas se ejercen sobre el mismo tipo de cuestión, fácilmente podríamos vernos llevados a creer que el juicio técnico, gracias a su naturaleza más concreta, más precisa, más ‘objetiva’, representa una manera más avanzada de determinar lo que se debe hacer para hacer bien, y que con ello el juicio técnico vuelve superfluo el juicio moral y lo reemplaza. A fin de cuentas, entonces, la supuesta afinidad se traduciría en una verdadera eliminación de la moral en favor de la técnica o, por lo menos, se limitaría la competencia de la moral a esos terrenos todavía nebulosos a propósito de los cuales no se dispone de una técnica suficientemente elaborada. Quienes ven en el imperialismo actual de la técnica la causa principal de la crisis moral de nuestra época siguen más o menos ese tipo de razonamiento.

Podríamos pensar en evitar tal dificultad distinguiendo claramente los terrenos de aplicación: hay formas del ‘hacer’ humano donde la cuestión relacionada con saber cómo se debe proceder para ‘hacer bien’ compete a la técnica, mientras que hay otros donde dicha cuestión es competencia de la moral. Así se evitarían los conflictos e incluso se podría pensar que el ejercicio de una de estas dos formas de búsqueda del ‘bien hacer’ dentro de su propio sector ayuda a la adquisición de una actitud y de una capacidad análoga para el ejercicio de la otra forma en el sector que le es propio. Sin embargo, la adopción de semejante posición nos obligaría a afirmar que, en su propio sector, cada una de las dos formas es completamente autónoma con respecto a la otra, lo cual implicaría esa ‘neutralidad’ de la técnica frente a la moral y a la ética, que es justamente lo que se cuestiona fuertemente hoy, y es lo que se presenta como no satisfactorio desde varios puntos de vista.

Una manera satisfactoria de resolver la dificultad parece entonces consistir en el establecimiento, primero, de cierta distinción de las esferas de aplicación del juicio técnico y del juicio ético, seguido por

EVANDRO AGAZZI

la toma de conciencia de una interrelación que continúa existiendo entre ellas. Diremos ahora algo a propósito del problema de la distinción, y pasaremos después a un discurso más desarrollado a propósito de las interrelaciones.

La distinción que nos interesa se desprende de un análisis más preciso de la significación de la palabra 'hacer', que hemos empleado hasta aquí de manera indiferenciada en expresiones tales como 'hacer bien'. En efecto, no es difícil comprobar que ese 'hacer' significa a veces la producción concreta de algo, en un sentido 'transitivo', mientras que otras veces tiene un sentido 'intransitivo', y significa más bien actuar, sin que dicho actuar esté concebido como algo que apunte a la producción de algún objeto o resultado concreto. Ahora bien, la técnica es concebible, en el sentido amplio del término, como un esfuerzo que apunta a suministrar reglas concernientes al hacer humano en los diferentes sectores, y estas reglas están determinadas de acuerdo con un ideal de perfección que concierne al objeto o al resultado buscado. Si convenimos en llamar 'operaciones' y 'prestaciones' a estas formas del hacer que desembocan en la producción de un objeto material o de un resultado concreto, podemos decir que la técnica se propone suministrar las reglas para nuestras operaciones y prestaciones, a fin de que lleguen a alcanzar de la mejor manera posible la meta hacia la cual se encuentran intrínsecamente orientadas. En cambio, la moral concierne a las acciones humanas consideradas en sí mismas y no en función de la eficacia con la cual llegan a permitirnos alcanzar cierto resultado.

28

De este modo, cuando le decimos a una persona: 'Hiciste mal este trabajo', expresamos un juicio técnico, y lo que queremos decir es que el resultado obtenido no se encuentra en conformidad con lo que debería haber sido de acuerdo con los estándares adoptados para el objeto o la prestación en cuestión (en otros términos, decimos que el objeto realizado, o el trabajo efectuado, es malo). En cambio, si le decimos a una persona: 'Hiciste mal al mentir', expresamos un juicio moral que concierne a la acción en sí misma, la acción de mentir, independientemente del contenido de la mentira (en otros términos, decimos que el sujeto de esta acción, es decir, la persona que la ha realizado, es mala).

ÉTICA Y TÉCNICA

Esta distinción entre hacer y actuar, por otro lado, se vuelve aparente de manera bastante clara en el uso que hacemos de los adjetivos ‘bueno’ o ‘malo’ cuando los aplicamos a los sustantivos que expresan el hacer (operación, prestación) y, respectivamente, el actuar (acción). Por ejemplo, decimos de alguien que ha mentido que ha cometido una mala acción, y de alguien que ayudó a su prójimo, que ha hecho una buena acción; en cambio, no decimos de un carpintero que fabricó una mesa defectuosa que cometió una mala acción, sino que suministró una mala prestación, e igualmente decimos que un artista que ha tocado bien su música ofreció una buena prestación.

El hecho de que la técnica concierna al objeto y el resultado de la operación o de la prestación, y no directamente a su sujeto resulta también del hecho de que no tomemos para nada en cuenta la intención de ese sujeto al expresar el juicio técnico sobre el resultado o el objeto que ha producido. Si éste es malo, sigue siéndolo a pesar de cualquier buena intención de su productor. En cambio, en el juicio moral, justamente porque va dirigido al sujeto de la acción más que al resultado, la consideración de la intención tiene una importancia capital y, desde cierto punto de vista, también es exclusiva.

Podemos entonces concluir que si la técnica estudia para determinar las reglas para la buena conducción del ‘hacer’, a saber, de las operaciones y de las prestaciones, y si la ética se propone determinar y fundar las reglas para la buena conducción del ‘actuar’, cada una de ellas tiene su propia tarea que cumplir, tiene su propio terreno de competencia, y no corren el riesgo ni de eliminarse recíprocamente, ni de entrar en colisión. Sin embargo, la solución no es tan simple, y bastará plantear una pregunta enteramente elemental para darse cuenta de ello: ‘¿Será posible que alguien haya ejecutado un buen trabajo y al mismo tiempo, con eso, haya cometido una mala acción?’ La respuesta es evidentemente afirmativa en varios casos, por ejemplo, en todos los casos de ‘crimen perfecto’, es decir, un crimen que ha alcanzado de una manera muy efectiva la meta deseada, pero que sigue siendo moralmente malo en tanto que crimen. Este ejemplo elemental nos invita entonces a regresar a las razones de una interrelación entre ética y técnica, tras

EVANDRO AGAZZI

haber constatado cuáles son los planos específicos y distinguibles sobre los cuales se sitúan sus competencias respectivas.

Medios y fines

A fin de encontrar las razones de interrelación de las que acabamos de hablar, es útil detenerse un instante para considerar lo que significa, desde el punto de vista técnico, hacer bien una cosa. Significa, evidentemente, estar en condiciones de suministrar medios eficaces para realizar cierto fin, cierto objetivo predeterminado. Entonces, a pesar de que se pueda decir, como lo hemos dicho, por otra parte, aquí, que la técnica se preocupa por decir qué hacer, deberíamos decir más exactamente que nos indica cómo hacer una cosa que hemos decidido realizar. En otras palabras, no nos indica si debemos o no hacer cierta cosa, no está referida en absoluto a la elección de la meta de nuestra acción, sino que se pone a nuestro servicio, por decirlo así, una vez que hemos escogido la meta, y se encarga de indicarnos los mejores procedimientos que hay que seguir para realizarlo. Naturalmente, para alcanzar la meta, por supuesto que hay que ‘hacer’ cosas, pero éstas se presentan justamente como medios que uno emplea para realizar cierto propósito.

30

Es posible captar más claramente esta diferencia si tomamos en consideración los diferentes tipos de problemas que acostumbramos plantearnos. Existen primero problemas teóricos, que nos planteamos cuando nos interesa únicamente comprender cómo son las cosas, o explicar por qué son de cierta manera, sin tener ninguna intención inmediata de actuar. Luego, existen problemas que nos planteamos cuando queremos actuar y éstos son problemas prácticos. En este caso, la primera etapa consiste en la elección de lo que queremos hacer, y la segunda etapa consiste en la determinación de la manera más eficaz de realizar lo que hemos decidido hacer. Solamente esta segunda etapa da lugar a problemas técnicos, mientras que la primera escapa de la competencia técnica. ¿A qué competencia se remite entonces? La res-

puesta es que concierne justamente a la ética: los problemas éticos son entonces los que se refieren, en un principio, a la elección de los fines.

Lo que acabamos de decir subraya una vez más, por una parte, la diferencia entre la técnica y la ética, pero por otra parte nos indica la necesidad de vincularlas. En efecto, si bien es cierto que conciernen a dos momentos de todo problema ‘práctico’, a saber, de todo problema que concierna a la acción humana, es evidente que la solución de ese problema no podría ser verdaderamente racional y satisfactoria si uno se limitara a considerar solamente una de las dos fases y, en particular, la segunda fase, la que se desprende de la primera, sin tomarnos el trabajo de considerar la primera. Por eso es que cualquier acción que merezca de manera plena el calificativo de acción humana racional debería basarse siempre sobre un juicio teórico que evalúe correctamente el estado de la situación, sobre un juicio moral que nos indique lo que debemos hacer en la situación implicada, y sobre un juicio técnico que nos diga cómo debemos proceder para realizar la meta escogida. Una técnica que se considere independiente de todo juicio ético es, entonces, en el sentido profundo, la expresión de una actitud irracional ante el problema del actuar humano.

Eficacia y deber

Que la técnica, por sí sola, no esté en condiciones de suministrar una guía para la acción resulta también de la consideración de lo que podríamos llamar el ideal de la técnica. Dicho ideal está representado por la eficacia o, si se prefiere, por el criterio de la utilidad. En los terrenos más diversos, las diferentes técnicas nos indican siempre lo que es útil hacer si se quiere alcanzar cierta meta, pero nunca nos dicen si debemos o no debemos perseguir dicha meta. La noción de deber está totalmente ausente del horizonte intelectual de la técnica, mientras que es el corazón mismo de la actitud moral, y podemos muy bien decir que sin esta noción simplemente no hay moral. La moral, en efecto, se constituye únicamente a partir del momento en que uno admite que

EVANDRO AGAZZI

entre las acciones humanas hay unas que deben ser realizadas, otras que no deben serlo, y otras más que son legítimas porque no están entre las que no se deben llevar a cabo, aunque no forman parte de las que se tenga el estricto deber de realizar. Si suprimimos esta repartición de nuestras acciones entre lo que es obligatorio, lo que está permitido y lo que está prohibido, renunciamos a atribuirle un sentido a nuestra vida y a nuestras acciones. La ética se refiere justamente a la búsqueda de ese sentido, y tal es la única manera en que puede ser comprendida en su esencia auténtica, con lo que evitamos considerarla bajo la luz represiva de la simple determinación de un código de obligaciones y de prohibiciones.

Es claro, en cambio, que si adoptamos una actitud que rechace la existencia de deberes para el hombre, el único criterio que podría todavía gobernar nuestras acciones sería el de la eficacia, a saber, el principio de realizar de la manera más rápida, menos costosa y más completa cualquier meta que hayamos escogido. En ese caso, tendríamos verdaderamente el imperio de la técnica establecido sobre la eliminación de la ética.

32

Contra esta última afirmación podríamos objetar que, a fin de cuentas, la técnica posee una especie de ética 'interna', que no se reduce simplemente al criterio de la eficacia, sino que se refiere al carácter de la confiabilidad y presenta por ello cierta connotación moral. Es cierto, pero a condición de que esta confiabilidad no sea otra denominación para indicar la eficacia (a saber, a condición de que no calificamos un procedimiento técnico como 'confiable' únicamente porque nos conduce tranquilamente a la meta buscada). La confiabilidad recibe una connotación moral solamente si se refiere a una relación de confianza mutua entre los hombres, si es la expresión de una actitud de solidaridad hacia los demás. Pero entonces la confiabilidad comienza ya a entrar en relación con la esfera de los deberes y, justamente, no le es posible ya evitar reconocer que la técnica misma no puede desinteresarse de los fines y de las metas al servicio de los cuales es utilizada. En otros términos, dicha solidaridad implica que nunca se pueda utilizar la técnica para 'hacer un mal' a los hombres: eso evoca ya una esfera moral, pero queda claro que no es sobre la base de conocimientos

técnicos que se puede establecer lo que está bien y lo que está mal para los hombres. Sin embargo, esta moralidad interna de la confiabilidad recibe todo su sentido a partir del momento en que vemos una apertura explícita hacia una problemática auténticamente ética.

El juicio de valor

De acuerdo con lo que hemos dicho hasta este momento, podríamos quedarnos con la impresión de que la competencia de la ética se refiere a la elección de los fines, mientras que la elección de los medios es enteramente competencia de la técnica. La cosa no es así, y lo podemos ver si tomamos en consideración la razón por la cual la técnica no se ocupa más que de medios. Esto ocurre porque el juicio técnico es siempre de tipo hipotético. Nos dice: ‘Si quieres llevar a cabo esta meta, deberías hacer esto’. El ‘deber’ implícito en ese juicio es solamente condicional, en el sentido de que no estamos obligados a ello si es que renunciamos a la meta, y también en el sentido de que podríamos preferir perseguir la meta por otros medios. En cambio, el juicio moral es categórico o absoluto, y cuando decimos: ‘Debes hacer (o no debes hacer) esto’, entendemos que la acción indicada debe ser realizada (o evitada) porque es buena (o mala) en sí, y no con relación a algún otro destino al cual uno querría llegar.

Es claro que esta situación se presenta de manera típica en el caso de los fines, porque son verdaderos fines en la medida en que no son concebidos ‘en función’ de otra cosa (lo cual las convertiría en medios). Sin embargo, nada impide dirigir el mismo tipo de juicio ‘absoluto’ sobre acciones que fueron concebidas como medios para alcanzar ciertos fines, e incluso fines legítimos. El juicio moral, en efecto, considera estas acciones en sí mismas y puede conducir a reconocer que son moralmente condenables porque violan ciertos deberes (basta con pensar en las prescripciones éticas que conciernen a la experimentación sobre los humanos en el terreno de la medicina para tener rápidamente ejemplos elementales).

EVANDRO AGAZZI

Todo esto significa que el simple juicio de eficacia propio de la técnica debe estar acompañado de otro juicio que compete a la moral y a la ética. Es necesario agregar inmediatamente que este tipo de juicio no se limita a considerar los fines y los medios: se extiende también a las condiciones en las cuales y gracias a las cuales se realiza la empresa técnica, condiciones que bien pueden provocar problemas éticos, como todo el mundo sabe. También se extiende a las consecuencias de esas empresas, que tenemos la obligación moral de considerar e incluso de prever en la medida de lo posible; y que podrían conducir a una obligación moral de prohibición incluso para empresas cuyos fines son legítimos y que utilizan medios y tienen condiciones de realización que no suscitan objeciones. Las discusiones actuales a propósito de lo nuclear nos dan ejemplos muy conocidos de problemas de ese tipo.

34

¿Cuál es entonces el tipo de juicio que debe acompañar al juicio técnico y que no se deja encasillar simplemente en una fase de la acción humana, sino que concierne a todas? Es el juicio de valor. Es estructuralmente diferente del juicio de eficacia que caracteriza a la técnica, porque no es hipotético y porque implica la noción de deber. Esto le confiere una especie de omnipresencia, pues toda acción humana se encuentra necesariamente confrontada a valores y, en general, varios de ellos están implicados. Cuando escogemos la meta de cierta acción, lo hacemos porque esa meta vuelve concreto cierto valor (en el sentido de que expresa algo que vale la pena hacer); sin embargo, puede ocurrir que otros valores entren en conflicto con nuestra elección, y tenemos el deber de no sacrificarlos. Ahí entra en juego entonces el juicio moral, en tanto que juicio que toma en cuenta todos los valores. Pero entra en juego también en la evaluación de los medios, de las condiciones y de las consecuencias de nuestras acciones, porque en todas estas situaciones puede haber conflicto de valores.

Debería ser evidente, por lo que acabamos de decir, que esta visión no tiene el sentido de una ‘puesta bajo control’ de la técnica, autoritaria y ciega. Al contrario, la eficacia técnica es también un valor, y gran cantidad (probablemente la mayoría) de las actividades técnicas están

ÉTICA Y TÉCNICA

orientadas hacia la realización de metas muy válidas (y por lo tanto contribuyen a la realización de ciertos valores). Lo que verdaderamente está en juego es mantener el horizonte abierto a la consideración de la gama entera de los valores humanos, que sin bloquear el desarrollo de la técnica le confiere el carácter de una empresa responsable y digna de la racionalidad humana, la cual exige que sepamos lo que debemos hacer y por qué lo hacemos, antes de saber cómo lo podemos hacer.

Las responsabilidades de la ética frente a la técnica

Hasta ahora hemos visto las razones por las cuales el ejercicio de la técnica debe abrirse explícitamente a la consideración de una dimensión ética, y podemos incluso afirmar que cierta crisis de la sociedad actual deriva de una falta esencial de tal apertura. Sin embargo, es oportuno sostener un discurso simétrico y concebir la necesidad de que la reflexión ética le preste más atención a la dimensión técnica, y que lo haga en sentidos claros.

En primer lugar, tenemos que reconocer que un compromiso ético serio no puede prescindir de una aportación técnica, pues correría el riesgo de reducirse a la simple elaboración de principios generales, de traducirse en discursos edificantes o de cultivar puramente buenas intenciones. Cierta crisis de la moral tradicional puede ser atribuida parcialmente a una incapacidad que ha revelado para influir en lo concreto, para promover a escala mundial la realización de los valores que ha celebrado. No es difícil ver que si la moral nos dice que es nuestro deber hacer ciertas cosas, se vuelve también nuestro deber buscar los medios más eficaces para realizarlas, y éste es un problema que compete a alguna técnica. Una moral ‘ineficaz’, una moral que se contentara con ‘buenas intenciones’ sería insuficiente, y correría incluso el riesgo de resultar ser hipócrita: si la moral gobierna nuestras acciones, debe tomarlas en toda la dimensión de su potencia efectiva, y hoy eso significa que es necesario concretamente comprometerse en el estudio de la puesta en acción de los medios muy poderosos suministrados por la técnica para la realización de los fines morales recomendables.

EVANDRO AGAZZI

En segundo lugar, debemos darnos cuenta de que, a partir del momento en que la moral se preocupa por indicar a los hombres la manera correcta de actuar, debe en cierta medida entrar en los detalles de las acciones humanas. Ahora bien, hoy una gran parte de estas acciones consiste en el ejercicio de actividades técnicas, y una moral que no tiene un conocimiento suficiente de tales actividades corre el riesgo de dejar a los hombres sin indicaciones concretas justamente en la mayor parte de las actividades que los ocupan. Ciertamente no estamos exagerando cuando afirmamos que el hecho de que todavía haya muy pocas consideraciones y preocupaciones éticas en el terreno de la técnica no es atribuible tanto a una cerrazón o a una hostilidad en este terreno, que rechazara la intervención de la ética, sino más bien al hecho de que la reflexión ética se ha preocupado demasiado poco por la esfera técnica.

36

Finalmente, debemos tomar conciencia de que la técnica, en la medida en que produce una cantidad de situaciones inéditas para las cuales no existen reglas morales precisas, y en la medida en que vuelve posibles elecciones y decisiones a propósito de situaciones que en otros tiempos no estaban al alcance de nuestra iniciativa, constituye un estímulo continuo para la elaboración de las normas morales y un desafío constante para el compromiso de la ética. Al mismo tiempo que debemos admitir que los valores y los principios éticos fundamentales poseen una dimensión de universalidad, es necesario reconocer que esta universalidad se ve probada por el hecho de saber aplicarse a las situaciones nuevas que el hombre se encuentra en su historia y que él mismo produce por medio de su progreso. La tarea de la ética no es tanto la de repetir la ilustración de estos principios y valores, sino más bien la de mostrar su validez en lo concreto de la historia, lo cual significa, en particular, saber utilizarlas para atribuirle un sentido y una orientación a lo que la técnica nos ofrece, para efectuar las elecciones correctas entre las numerosas posibilidades que la técnica nos abre y para orientar a ésta hacia la realización de aquellas posibilidades que correspondan a una verdadera promoción del hombre.